

EL POETA DÁMASO NOS OFRECE,
AL FINAL DE SU VIDA,
«DUDA Y AMOR SOBRE EL SER SUPREMO»

LUIS VÁZQUEZ FERNÁNDEZ

1. INTRODUCCIÓN

Es Dámaso Alonso uno de los grandes *humanistas* que hemos tenido en este final del siglo XX español. Su rica personalidad multifacética —de poeta, crítico literario, historiador de la Literatura, filólogo, estilista, lingüista...— estuvo marcada por su humanismo y amor a las Letras hispánicas, con incursiones en las extrañas. Recientemente he publicado un amplio estudio sobre este aspecto, centrado en su primordial faceta de creador¹.

En él destaco cómo su *Obra poética* es profundamente «humanista» y «religiosa», en un sentido amplio, paradójico, con su dialéctica permanente. Pero ya desde su inicial *Poemas puros. Poemillas de la ciudad* (1921), pasando por *Oscura noticia* (1944), *Hijos de la ira* (1944), *Hombre y Dios* (1955), *Gozos de la vista* (1981), y sus *Antologías*, con comentarios personales —muy valiosos—, desde 1956, el poeta *centraba su inspiración* en su visión del «ser humano» como un «polo correlativo del misterio de Dios». Siempre aparece afirmada *la dignidad suprema del hombre* —como «delegado del Creador»— y *la «oscuro noticia del Misterio de Dios, Ser Supremo»*².

Hoy quiero fijarme en su última obra creadora, en la que el planteamiento *vital y existencial* de Dámaso *cambia de horizonte*, para encastillarse, de nuevo, «en sí mismo», ahora inmerso en la *duda* sobre la «inmortalidad» y «el ser Supremo», salvada, sin embargo siempre, por *el amor*.

¹ Luis Vázquez Fernández, *El humanismo religioso de Dámaso Alonso*, Revista «Estudios», Madrid 1999, 456 pp.

² Véanse, sobre todo, los capítulos I —donde aparece la «religación, desarraigo y humanismo» y el capítulo VI— que subraya la *conciencia de dignidad y libertad* humana, así como el IX y X, en los que se estudia al poeta como «un ser que habla *de Dios*» y «*con Dios*».

2. LAS DUDAS DAMASIANAS

2.1. La no eternidad del alma

Dámaso, culto y gran lector, sabía muy bien que la concepción del ser humano como un componente de «cuerpo» y «alma» es de origen *platónico* más que *bíblico*. En este caso, su afirmación de que el alma muere con el cuerpo puede ser admitida³. Pero esto no supone, ciertamente, la desaparición o aniquilación del ser humano con la muerte. En Cristo alcanzamos la «Vida eterna», con su poder de resurrección. Si muere «esto que tenemos de corruptible», sabemos que seremos transformados «en lo incorruptible, en Cristo Jesús» (San Pablo).

La primera afirmación de Dámaso, en su *Pedida al Señor* es:

*¡Ah, Señor! ¡Si tú existes!
«Señor» omnipotente, me presento tristísimo.
Perdóname, «Señor», éste es mi pensamiento,
lo que juzgo verdad:
Creo verdad la idea de la muerte
del alma, al punto mismo en que se muere el cuerpo.
Pienso que esto es lo exacto, lo verídico. (DyA, 539)⁴.*

Esto es, pues, lo que Dámaso —tristísimamente— cree, con toda honradez. Y lo proclama en estos versos libres, en los que hay más «razonamiento» que «afectividad poética». Naturalmente, el poeta no puede autocontradecirse con su pensar. ¿Es exacto? Vitalmente, racionalmente —un poco al modo unamuniano— sí lo es. Subjetivamente es lo que está creyendo, y cantando, como anticipando su *propio responso*. Este libro de «postrimerías» me recuerda al de Juan Ramón Jiménez: *Dios deseante y deseado*. Cada uno desde su propio estilo de poetizar: JRJ más intimista, interiorizando a «su Dios». Dámaso más racionante, sintiendo su soledad en trance de muerte.

2.2. Duda permanente sobre su afirmación negativa: Transfondo unamuniano

Pero, a renglón seguido reconoce: «Mas me ocurre, me duele, que esto sea, / o que se considere, como auténtico. / ¡Qué tristeza, qué lástima, alma mía, / qué bien quisiera eterna conocerte!». Naturalmente, no podría ser de otro modo: En el fondo de nosotros subyace un ansia de inmortalidad. Y va unida a la fe en la *existencia de Dios*. El poeta aquí tiene *marchita su inspiración*, la de los demás poemas anteriores. No sabe si existe Dios, ni dónde existe. Y, lleno de contradicciones interiores, con todo insistirá:

³ Cf. este texto transparente: «El Nuevo Testamento se sitúa básicamente en la tradición veterotestamentaria; no se concede ninguna importancia a la *contraposición* entre cuerpo y alma (*1Pe*, 2,11): la muerte y resurrección afectan al hombre total (1Cor, 15,35ss)». Mt 16,26 y Mc 8,37 hablan del «alma» como *lo más precioso que el hombre puede perder*. El «cuerpo», opuesto al alma equivale a «carne» (*sark*). A.Grabner, *Vocabulario práctico de la Biblia*, Herder, Barcelona 1975, p. 49.

⁴ Con esta sigla citaré siempre «Duda y amor sobre el ser Supremo». La numeración subsiguiente corresponde a la página en la edición reciente de su *Poesía*, Gredos, Madrid 1998.

« Mas a pesar de esa terrible duda, / *yo te amo, yo te adoro*». ¡*Va a salvarse por el amor!* Lo que su razón niega lo afirma su corazón. Él bien quisiera —y se lo pide a ese Dios, de cuya existencia duda— «la eterna vida al alma». Le faltan, sin embargo, las «pruebas», y reitera su tristeza: «mi alma se deshará cuando se muera el cuerpo».

Y esta idea le viene de atrás. ¡La había escrito ya antes! Es lo que llama «la gran mentira (alegre, absurda): que mi alma será viva eternamente». Y razona: Eso vale asimismo para cualquier animal (que tiene su alma propia, es un «ser animado»). La vida «nace y muere» en el gato y en el hombre. (Lo cual no es incierto. Pero las «otras deducciones» fallan, incluso racionalmente planteadas). Dámaso, como Unamuno, *quiere creer*. Pero la fe, que es un don de Dios mismo, no ha arraigado suficientemente en ambos. Tampoco podemos afirmar que no existiese: ¡Éste es, y será siempre, el misterio del ser humano ante Dios!

Antes de nacer —1898, un 22 de octubre— no existía —dice— su alma. Al morir, desaparecerá de nuevo. Escribe esto a sus 86 años, cansado de la vida, fatigado. Como Unamuno podría escribir su epitafio previo: «Méteme, Padre eterno en tu pecho, / misterioso hogar. / Dormiré allí, pues vengo deshecho / de tanto bregar». En ambos *la paradoja*. El no poder prescindir de nombrar a Dios en los momentos-límite de su existencia. El no poder prescindir de solicitar auxilio, para sobrevivir, para eternizarse. Para Dámaso, el morir del cuerpo es suciedad, podredumbre; mientras que el del alma: encantador, «cesa como el viento». Pero esto, que cree ser *la verdad*, no lo desea. Si bien se consuela pensando que en la «Nada» nada duele, no se sufre. Está sufriendo ahora, mientras crea, sin creer del todo; haciendo la distinción entre «lo creído y lo deseado». Cree que el alma muere para siempre. Desea, quisiera, que no fuese así, «que el alma se eternizara». Y todavía más: «que se aunara con el *Ser* omnipotente».

En este mar de dudas, en la *Segunda parte* del comienzo poemático postula, idealizadamente, la «eternidad del alma». Su idea ya la manifestó, y vuelve, reiterativamente, sobre ella, para que no nos quede —no *le quede a él*— duda alguna. Pero no lo logra. De ahí que afirme: «Puede ser falsa». Y lo anhela vivamente: «¡Ojalá sea!». Y a ese Ser —qu no sabe siquiera si existe— *le pide que no sea cierta su idea de la muerte del alma*. Y le «busca» y le «adora». (No, en Dámaso no existe nunca *actitud irreverente o blasfematoria*; incluso cuando niega, siguiendo su idea o su razón). Reconoce haberle pedido a Dios «que existiera». (De nuevo, nos vuelve a la memoria, el soneto de Unamuno: *La oración del ateo*:

OYE mi ruego Tú, Dios que no existes,
y en tu nada recoje estas mis quejas,
Tú que a los pobres hombres nunca dejas
sin consuelo de engaño. No resistes
a nuestro ruego y nuestro anhelo vistas.
Cuando Tú de mi mente más te alejas,
más recuerdo las plácidas consejas
con que mi alma endulzóme noches tristes.
¡Qué grande eres, mi Dios! Eres tan grande
que no eres sino Idea; es muy angosta
la realidad por mucho que se expande
para abarcarte Sufro yo a tu costa,

Dios no existente, pues si Tú existieras
existiría yo también de veras.⁵

Más que de influencias, se trata de dos actitudes vitales semejantes: Para existir uno mismo «eternamente» hace falta que *Dios exista*. En el fondo, la duda sobre la «inmortalidad del alma» surge de la duda de la existencia de Dios mismo).

2.3. La afirmación divina y el alma eternal, alcanzadas por «vía de amor»

Dámaso —creo poder afirmarlo con objetividad— *sigue siendo, con todo, más poeta que Unamuno*. El vasco «filosofa» más cuando poetiza; a veces es duro su verso, y tiene su palabra *menos afectividad*. Dámaso, por ejemplo, insiste mucho en el *amor a Dios*:

*Mi amor te ama: ¡que existas!
Te lo pido con toda tu inmensa intensidad.*

Y, por un «instante de gracia» piensa que puede ser que el alma sea inmortal. Entonces canta a su «Alma eterna y el gran *Ser*». Dios y las almas serían eternos para siempre, ambos muy unidos, casi identificándose, casi un sólo «Ser». Eternidad nos une. Se ve —ya sólo alma— en puro portento, en el delirio: Mientras el cuerpo se pudre, el alma sobrevuela los espacios siderales; lo conoce todo; lo visita todo; lo ve todo, ya sin materia alguna, «inmensidad de luz».

Sin sentido alguno lo capta todo: ¡pura maravilla! A través de lo que denomina «efluvios», el alma es libre y vive, enseñoreándose de todo, con su Dios. El «espíritu» es ahora un don divino, y en él todo se explica, se implica, se explicita, se hace patente. Dámaso se ve ya muerto, pero —vivo en el alma— se encontrará los flujos, los efluvios, ante todo de *sus padres*. De modo especial con su madre:

*Antes, antes que nada,
yo pensaré en mi muerta pobre
y en su inmenso cariño.
Ay, decirle yo a ella mi tristeza;
llorar mis graves faltas, madre mía...*

Salta de gozo al pensar que podrá «verla». ¿Pero es esto posible? ¿Dónde están los ojos? Y se pregunta: ¿Cómo estaremos juntos? La respuesta se esperaba: «Mi espíritu estará junto al fluido / suyo; fluirá también mi pena: / Su amor junto a mi amor en duelo». Dámaso —cosa que estaba ausente en Unamuno, menos «poeta», menos afectivo, menos cordial— se imagina, como había hecho en un bellissimo poema «A la madre», de *Hijos de la ira*, como un niño ante la madre; y deja emanar su dolor por no haber respondido como debiera, en vida, a su materno amor sin límites:

*«Perdóname, mamá, ahora aquí, sí, ya gracia,
mi espíritu y tu espíritu,
plena esencia de amor entre los dos, ya eterno».*

⁵ Miguel de Unamuno, *Obras completas, VI: Poesía*, Escelicer, Madrid 1966, p. 359. Esto lo firma Unamuno en Salamanca, a 26 de setiembre de 1910.

Y viene luego el padre, a quien apenas conoció. ¡Su muerte fue, en efecto, prematura! Debe, pues, preguntarse: «¿Viví yo con mi padre?». Recuerda, eso sí, muy bien la fecha de su muerte: «Murió el nueve de mayo, mil novecientos uno, / y la edad era sólo veintinueve sus años. / muy poca era mi edad, niño, cuando él murió: / aún menos de dos años y medio yo tenía». Quizá —piensa— pudo hablar «un poquito» con él. Mas no tiene memoria alguna de ello. Pasaron 83 años desde entonces. De él le habló su madre. Sí, lo lleva en el alma muy adentro:

*No recuerdo su cuerpo, ni su voz, ni su cara.
¡Ay, pobre padre mío!*

Juntos allá en ese mundo del espíritu eterno, exclamará: «Gracias, padre, mamá, nos salvará lo eterno: / felices ya seremos, felices ya los tres».

No olvida a sus mejores amigos que murieron. No deja de ser significativo el que comience por Miguel de Unamuno, que hace renglones acabo de citar. Le llama «hombre grande en tu espíritu y tus letras, / oh Miguel de Unamuno, te he admirado, / y tú, en sorpresa, me has querido siempre». Se admira de eso mismo: «Yo era un pobre muchacho. Gracias por tu cariño». Vienen luego sus «enormes amigos»: Jorge Guillén —fallecido hacía meses— y Pedro Salinas —hacía ya 33 largos años—, admirados ambos por sus versos ardientes. Y Amado Alonso -con quien, no sin frecuencia, le identificaban los extraños: ¡de él tiene recibido cartas, confundiendo ambos nombres sus autores! Le admiraba Dámaso por su «ciencia literaria y lingüística». Se querían como hermanos. Dámaso, más joven, le dedica este verso: «*Tú, noble; tú el más grande que yo hube conocido*». Le sigue Federico García Lorca, «en la terrible guerra vilmente asesinado». Todos le querían por su gracejo y jovialidad. ¿Quién, sino Leopoldo Panero podría seguirle luego? De él me dijo, en cierta ocasión, cuando preparaba mi tesis doctoral, y le hacía frecuentes visitas, desde París y Madrid: «Panero, Panero, ese sí que era católico». Dámaso sabe que muchos —incluso su propia familia le fue ingrata— le maltrataron de palabra. Ahora quiere resarcir esas injusticias con su palabra en corazón bañada: «Cuántos odios/ te han insultado, pobre amigo mío. / Yo amé con gran ardor tu poesía / y tu tierno cariño». Luego Vicente Gaos viene a su mente, él que se había «inclinado piadoso al gran *Señor* del orbe» antes del trance último. Solicita su intercesión: «¡apiádate también de mí, pide mi ayuda!». ¡Y el «dulce» Rafael Ferreres!

Pero va a consagrarle un poema entero a Vicente Aleixandre, «ahora distinto». Sucedió que fallece después de haber escrito «DyA». Desde 1917 su amor mutuo tuvo permanente realidad. Sin duda que Aleixandre fue para Dámaso el *primer gran amigo*. A Dámaso le debía, por lo demás, Aleixandre, su entrega a la poesía. Dámaso fue quien puso en sus manos de convaleciente el primer libro de versos que Aleixandre releyó con fruición. El poeta era nada menos que Rubén Darío. Después ambos —Dámaso en mayor grado— celebrarían y darían a conocer al mundo las exquisiteces de la poesía de Góngora, el despreciado, durante siglos, por los academicistas del castellano.

Después de este selecto elenco de amigos, Dámaso imagina que se relacionará asimismo con los *Literatos muertos*, aquellos a quienes estudió, con pasión y capacidad comprensiva. Piensa, sobre todo, en los del «Siglo de Oro español»: Miguel de Cervantes, San Juan de la Cruz, Fray Luis de León, Lope de Vega, Francisco de Quevedo, Luis

de Góngora...¡Y los medievales! ¡Y los franceses, ingleses, alemanes, italianos, latinos y griegos, remontando las aguas del tiempo y las diversas lenguas de cultura!

Y querrá conocer todos los Continentes, con sus bellezas propias. Y el universo terrestre, y también el gran universo, con sus posibles seres. Todo el cosmos. Los espacios todos interestelares, y las galaxias, en sus inmensas formaciones y desarrollos. ¡Cómo gozaría penetrando en los intersticios del Universo!

Y le pide al Señor «que exista», pues Dámaso le ama. Y así podrían reunirse todos los seres, gozosa, gloriosamente. La hipótesis acaba en oración:

*Oh, gran «Señor», te pido la verdad:
Creo, cierto, que existes.
¿Lo creo?
Sí, ¿lo creo? Sí. ¿Te amo y te bendigo?*

Pasa entonces a su *Tercera Parte*, sobre la primera y la segunda. Ha sido «un encanto y alegría» supremos. Y sin embargo, se *acrecenta la duda, ahora más férrea, «más fuerte, intensísima, enorme»*. No sólo se rechaza, o se cuestiona, «el alma eterna»; sino que va más lejos y niega al *alma*. ¡Sólo existe *el cuerpo!* ¡El «cuerpo» y el «cerebro»! Son en sí mismos una maravilla de perfección. Los sentidos, con sus especificidades; el «habla» humana que en ellos tiene asiento. ¡Y la *memoria!* ¡Incluso una especie de memoria casi universal, «la religión», aceptada en familia, en pueblos, en estados, «religiones diversas»! Y, llegados aquí, juzga, de nuevo, que no existe el alma: «Lo que mueve la vida son lazos de *cerebro*». *Potenciación, pues, del «cerebro» como centro de «ideas» y «deseos»*.

2.4. Duda sobre las «dudas»: ¡La salvación —poética y humana— en el último verso!

La última parte se resuelve en «*dudas sobre las tres partes*». Duda de su propia duda. Se incrusta la «duda» en el centro mismo de su canción tristísima. Por eso llega a pensar —con «*duda*»— *que el alma puede ser eterna*. Puede explicarse con «milagro religioso». Dios puede, al fin, «vencer». No habla Dámaso aquí de «convencer».

Y llegamos —tras este periplo de afirmaciones y negaciones, de afirmaciones negativas, de negaciones afirmativas, de dudas sobre todo— a los interrogantes divinos: *¿Existes ¿No existes?*

Pide y reza que sí. Pero no sabe a quién: «Problema es infinito». Dámaso está «amando» y «rezando» a ese Dios de quien duda que exista. Se debate entre la «ignorancia» y el «deseo», el «sueño». El no desea «inmensidad-materia»: ¡El hombre es *otra cosa!*

Le llama «espíritu» a su realidad más honda e inmaterial. ¿Por qué? Responde, al fin, el poeta —lejos de «raciocinios» poco *intuitivos, que le retuvieron en largas «disquisiciones clamorosas»*:

«*Porque en mi vida espíritu es lo sumo*». Sigue ignorando, mas la superación viene por un doble acto reafirmado a lo largo del poema: «Yo, sin saber, *te adoro, te deseo*».

Y sigue avanzando, ya hacia el final perenne: «Esto es máximo amor: mi amor te inunda; / el alma se me irradia en adorarte; / mi vida es tuya sólo (¿ya no dudo?)». Proclama, por lo tanto, al final el poeta que a Dios «adora», «le desea», y, sobre todo, «le ama». Es el último verso el que salva al poema. ¡Es el último verso el que salva al poeta! Y *Duda y amor sobre el Ser Supremo* finaliza con esta aseveración sincera, «muy damasiana», que nos deja sobrecogidos por su profunda confianza:

«Amor, no sé si existes. Tuyo, te amo».

Lo que la inteligencia no llegó a comprender; lo que la mente humana y poética no alcanzó a descifrar, se logra por la gracia del *Amor*. Es lo que san Pablo llama *el camino mejor*: «Aunque hable todas las lenguas..., si no tengo *amor*, soy un metal estridente o un patillo estruendoso... ¡si no tengo *amor* no soy nada!» (1Cor, 13, 1-2).

Dámaso —ya desde sus primeros poemas y libros poéticos— mantuvo siempre esa dialéctica del «misterio divino» y de la «entrega cordial a su amor». Fue, por lo demás, siempre muy respetuoso con «lo sagrado». Lo cual no impide, ciertamente, que sus afirmaciones estén entreveradas de «desarraigos» y posturas que algunos llamaron —aunque a él nunca le agradaron— «existencialistas». Su «autonominación» se reitera en diversos poemas de distintas épocas: Es una constante. Y puede interpretarse como signo de sinceridad. En ocasiones llega a la «autoimprecación», viéndose como representante del ser humano, en general. Es significativo el que *Hijos de la ira* sea título tomado de San pablo: «Et eramus natura filii irae sicut et ceteri...» Ef 2, 3. También nosotros —los «puros», los «vencedores», los «poderosos», los «bien vistos», los que ganamos la «guerra civil/incivil», los ganadores de la «2ª guerra mundial»...— éramos, como ellos, *hijos de la ira*.

3. CONCLUSIÓN

El último libro poemático —un largo poema unitario, dando vueltas a la noria de la duda/ afirmación, sueño idealizante/ despertar con la misma pesadilla, duda de las dudas / amor—, si bien, a primera vista, parece diferente de su anterior obra creadora, en realidad viene a estar en la misma onda y tonalidad. Quizá a veces nos suene a «metal estridente», en frase paulina; pero la capacidad de «dudar de su propia duda», y, genialmente, de lanzarse al regazo del «Amor», desde la «docta ignorancia» de algunos Padres de la Iglesia, y de nuestros mejores «místicos», nos desvela a un Dámaso poeta de gran calibre, humanista de hondo calado. La muerte, en perspectiva cercana, es para todos negrura, abismo, caos. Sólo el *Amor amado* puede dar una salida airosa al horizonte cerrado por densos nubarrones de «duda», común a todos: creyentes y no creyentes. Hace años, en una obra teológica significativa, traducida al francés, *Foi chrétienne hier et aujourd'hui* (1969), Ratzinger afirmaba: «El creyente como el incrédulo, cada uno a su manera, conocerá la duda y la fe, si no buscan autoengañarse y disimular ante sí la verdad de su ser. Nadie puede escapar enteramente a la fe; en uno la fe estará presente *contra* la duda, en otro, *gracias* a la duda y *bajo la forma* de duda. Es una ley fundamental del destino humano, el que se realice su existencia en esta dialéctica permanente entre la duda y la fe, entre la tentación y la certeza»⁶.

⁶ *Ob. Cit.*, pp. 12-13.

Quien esto afirmó pasó, hace tiempo, de *teólogo docente*, a *máximo representante* del organismo vaticano de la *Doctrina de la fe*. Supongo que seguirá aceptando lo que entonces calificó como «ley fundamental del destino humano». Se dijo también que «la fe consistía en ser capaz de soportar dudas». Pues bien, Dámaso, poeta, ante las puertas de su propia muerte, tuvo el ánimo de entregarnos su último mensaje de esta ley fundamental del destino humano, captada bajo su personalísima óptica. Víctor García de la Concha —que reconoce que «acaso le apremió a publicarlo un compromiso de sinceridad y verdad»— añade a continuación su juicio sintetizador: «En todo caso, ni precisa ni resiste comentario: no habla allí un poeta, sino una desvalida voz de hombre, un hilillo delgado de voz que se retuerce en lucubraciones sobre el Ser»⁷. Este juicio bastante negativo, desde el punto de vista poético, se matiza con la declaración final: «Hay, con todo, un verso, el último, que produce un destello fulgurante»⁸. Dámaso sigue mereciendo nuestro máximo respeto, incluso en este libro entreverado de «lucubraciones».

⁷ «Invención de la luz: La poesía de Dámaso Alonso», en *Damaso Alonso: Poesía y otros textos literarios*, Gredos, Madrid 1998, p.XXXIV.

⁸ *Ibidem*, p. XXXV. Yo añadiría que ya otros, anteriores, nos producían similar sensación y fulgor.